

Mt 5,1-12a

Las bienaventuranzas

El Evangelio de hoy nos ofrece la introducción al Sermón del monte: "Viendo la muchedumbre, Jesús subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. Y, tomando la palabra, les enseñaba, diciendo...". Sigue la serie de nueve bienaventuranzas. Si el Sermón del monte contiene el núcleo de la ley de Cristo, las bienaventuranzas, puestas al principio, expresan el espíritu de esa ley. Leerlas y meditarlas produce siempre un impacto profundo en el alma. Todos deberíamos adoptar la práctica de detenernos a leer la bienaventuranzas antes de cada decisión que debamos tomar o antes de cada actitud que adoptar, para verificar que nuestra conducta esté compenetrada del Evangelio.

Las bienaventuranzas son tan importantes dentro de la ley de Cristo que el Concilio Vaticano II no vacila en afirmar: "El mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas" (Lumen Gentium, 31).

Una bienaventuranza es una expresión idiomática antigua en la Sagrada Escritura. El Antiguo Testamento está constelado de estas expresiones. La primera ocurrencia está en boca de Moisés, cuando bendijo a las tribus de Israel antes de morir: "¡Dichoso tú, Israel! ¿Quién como tú, pueblo salvado por Yahveh?" (Deut 33,29). La segunda ocurrencia está en boca de la Reina de Saba, que asombrada ante el esplendor de la corte de Salomón, exclamó: "Dichosas tus mujeres, dichosos tus servidores, que están siempre en tu presencia y escuchan tu sabiduría. Bendito Yahveh tu Dios que se ha complacido en ti y te ha colocado en el trono de Israel para siempre" (1Re 10,8-9).

El libro de los Salmos comienza con una bienaventuranza: "Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos... todo lo que él hace sale bien" (Sal 1,1.3). Ellas recurren con frecuencia en los Salmos: "Dichosos los que se acogen al Señor" (Sal 2,12); "Dichoso el hombre que es perdonado de su culpa y queda cubierto su pecado; dichoso el hombre a quien Yahveh no le cuenta el delito y en cuyo espíritu no hay engaño" (Sal 32,1-2); "Dichosa la nación cuyo Dios es Yahveh, el pueblo que él se escogió por heredad" (Sal 33,12); "Dichoso el que cuida del débil y del pobre, porque en el día de la desgracia lo librará Yahveh" (Sal 41,1); "Dichosos los que moran en tu casa, alabandote siempre" (Sal 84,5). Los ejemplos se podrían multiplicar. En el Antiguo Testamento hay más de cuarenta bienaventuranzas.

En hebreo la bienaventuranza suena así: "Ashré ha ish, asher..." ("Dichoso el hombre, que..."). La palabra principal (ashré) es un sustantivo plural en una forma que le exige apoyarse en otro sustantivo. La traducción literal es: "¡Ah, las dichas del hombre, que...!". En la traducción griega y en nuestras

lenguas se adopta un adjetivo: "Dichoso el hombre que...". La estructura es siempre la misma: se llama dichoso a alguien, y se indica el motivo de su dicha.

En el Nuevo Testamento también se encuentran muchas bienaventuranzas: más de cincuenta, es decir, más que en el A.T. Este resultado era de esperar, siendo éste el tiempo del cumplimiento y de la llegada del Reino de Dios. En la lengua griega en que se escribió originalmente el N.T., el adjetivo correspondiente es "makários". Por eso, a estas expresiones se suele llamar "macarismos". La primera en ser objeto de una bienaventuranza es la Virgen María: "Dichosa la que creyó que se cumpliría lo que le fue anunciado de parte del Señor" (Lc 1,45).

Sólo en boca de Jesús las encontramos agrupadas en una serie de nueve. Pero no es esto lo que más sorprende; lo que más sorprende es su contenido, porque trastorna todos los criterios humanos. Si se retrotradujeran al hebreo, Jesús habría dicho: "¡Ah, las dichas de los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos! ¡Ah, las dichas de los mansos, porque ellos heredarán la tierra! ¡Ah, las dichas de los que lloran, porque ellos serán consolados!...". Jesús admira la dicha de quienes están en una condición reconocida más bien como desdichada. ¿Cómo es posible? En realidad, lo que Jesús quiere enseñar es que esas categorías de personas son las que poseen el Reino de los cielos, son las que heredarán la tierra (se entiende "la tierra prometida"), son las que serán consoladas (por Dios). Por eso, aunque a los ojos del mundo parecen desdichadas, a los ojos de la fe, impresiona su dicha. El premio eterno, que poseerán en plenitud en el futuro, anticipa su acción beatificante al tiempo presente; lo poseen ya en prenda. Es decir, lo poseen ya verdaderamente, y con la garantía de que será plenicado en el futuro.

Si tal es la convicción de Jesús, nuestro anhelo y nuestro empeño cristiano debe ser llegar a contarnos entre los pobres de espíritu, entre los mansos, entre los que lloran y tienen hambre y sed de justicia, entre los misericordiosos, entre los limpios de corazón, entre los que trabajan por la paz, entre los que son perseguidos por causa de la justicia y por causa de Cristo. Si lográramos este objetivo, entonces conoceríamos la verdadera felicidad.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción